

Palenque. Está tirada á cuarenta ó cincuenta piés de distancia abajo del edificio anterior, boca abajo, casi enterrada entre un monton de piedras y tierra, que no daba lugar á sospechar su existencia á los que no visitan aquellos sitios con solícita curiosidad. De ella nos ha dado un dibujo exacto en su obra, que es el mismo que se vé en la lámina 28. Se conoce que fué extraída de alguna pared donde estaba incrustada; pues la piedra está sin labrar atrás y los lados son redondos.—La estatua tiene diez piés seis pulgadas. En las facciones de la cara se advierte una expresion de reposo y tranquilidad bastante marcados; pero en sus formas y proporciones no hay la exactitud y regularidad que en las otras figuras de estas ruinas. Aunque su posicion de frente no permite hacer una exacta comparacion con las que se hallan de perfil, se descubren diferencias notables en el conjunto, y en cada una de sus partes, entre otras la de no descubrirse el grande ángulo facial, que es el tipo característico de las figuras humanas de estas ruinas. Sobre la cabeza tiene una especie de tocado, calantica ó morrion, de forma extraña, alta y extendida á los lados, enteramente lisa y sin adorno alguno. En el lugar de las orejas tiene unos agujeros hechos en la parte del morrion que le cae hasta los hombros. Al rededor del cuello aparece una lista lisa, que seria un collar, y pegado al pecho, apoyado en la mano derecha, un instrumento que remata en unos dientes. La otra mano está hácia abajo, como agarrando una insignia, pues se percibe un busto del cual

penden algunos adornos, ó figuras simbólicas entre las piernas, hasta tocar con el pedestal; pero en esta parte, que se suponen ser las manos, porque forman los extremos de los brazos, no se vén señales de dedos, ni lo que los constituyen, así como tampoco se descubren en los piés, que son bien imperfectos por esta causa y por su tamaño y disposicion. El vestido parece ajustado al cuerpo, excepto lo que cubre las piernas, que no lo están tanto, y cuya parte baja adornada con una vuelta le dá un aire de semejanza á los pantalones modernos. A los lados sobresalen unos faldoncitos, figurando seguramente la parte del vestido de atrás. El pedestal sobre que está parada es un geroglífico, porque su forma es muy parecida á los que se vén en las lápidas. Tal circunstancia y el aspecto y conjunto de esta estatua la hacen muy parecida á las estatuas egipcias, aunque su tamaño y demás proporciones sean inferiores á aquellas.

§ 2.

La lám. 29 representa el edificio que está situado muy cerca del que ántes se ha descrito y con el cual presenta mucha semejanza, tanto en las dimensiones, como en su aspecto, fábrica y distribu-



cion interior, teniendo quizá un mismo objeto, como se advierte al instante, cotejando el plano y fachada de uno y otro.

La base sobre que está construido es de figura piramidal, un poco ménos elevada que la de la casa contigua. Consta de tres cuerpos, tiene veintiocho piés de alto, treinta y ocho de frente, y en él hay tres puertas con cuatro pilastras, adornadas las de los extremos con dos medallones de geroglíficos, y en los espacios intermedios con bajo-relieves de estuco; y en las inmediatas á la puerta principal con figuras en bajo-relieve. Esta es mayor que la de los lados, y todas franquean la entrada á lo interior, que está dividido en dos corredores de nueve piés de ancho cada uno. En el de más adentro hay tres habitaciones. La del centro, que está en frente de la puerta principal, tiene un vallado, á manera de oratorio, de nueve piés de ancho y cuatro piés siete pulgadas de alto, sin adornos ni pinturas de ningun género, escepto la parte superior de la puerta, en que hay vistosas molduras, y en las pilastras lápidas con bajo-relieves.

Todo el ancho de la pared del oratorio está cubierto de un hermoso relieve que tiene nueve piés de ancho y ocho de alto, el mismo que representa la lámina 30, compuesto de tres lápidas cuyas juntas indican las líneas de arriba á abajo que se vén en ella. En la del centro, hay una mesa ó altar, á la que sirven de sustentáculo dos figuras humanas encorbadas por el peso, sentadas con las piernas cruzadas: con una mano sostienen el peso

que tienen encima, y con la otra se apoyan en el suelo. Por su aspecto parecen ser ancianos, y como los extremos de la mesa ó altar cargan tambien sobre su nuca, tienen la cara algo torcida é inclinada hácia abajo, con una expresion de pena y sufrimiento bastante marcada. Está la cabeza cubierta con esas gorras cargadas de adornos que tanto distinguen á estas figuras, y que ya colgando adelante ó á los lados, y ya levantándose en hermosos penachos ó crestones bien ideados, los hacen espléndidos y vistosos. Sus vestidos son de pieles de leopardo, que les llegan hasta los muslos, encima de alguna otra tela con que cubren las partes del cuerpo en que el traje parece ajustado. Del cuello penden cintas é insignias que sin duda tendrían su significacion propia. Están descalzos, pero las muñecas aparecen adornadas con unas vueltas y ceñidas con pulseras. En medio de la mesa ó del altar hay una estraña figura, que parece un mascarón deforme, de cuya parte superior salen dos como plumas, y bajo de ella se encuentran las manos de las figuras que le sirven de sustentáculo. De los extremos de la mesa se levantan dos bastones cruzados con los puños y parte superior ricamente adornados, que sostienen el retrato de un mascarón espantoso, con ojos muy dilatados y la lengua colgando, y varios adornos, entre los cuales se notan unos moños ó rodetes con varias cintas, que salen de las esquinas del cuadro en que está colocado. Encima tiene doce geroglíficos en dos hileras perpendiculares.



Los dos personajes que se vén á los lados son idénticamente iguales á los del gran relieve en que la *cruz* está grabada, con la sola diferencia de que el de la izquierda tiene aquí sandalias ó *cacles* perfectamente bordados. Uno y otro están presentando en ofrenda figuras humanas de aspecto deforme y horrible; están vueltos hácia el centro con la vista clavada en los geroglíficos que se hallan sobre el mascarón, y los brazos levantados, posición que marca perfectamente su intención y objeto. Se encuentran parados sobre dos atlantes, esto es, sobre las espaldas de seres humanos, de los cuales el de la derecha se sostiene sobre las rodillas y con las manos sobre el suelo, mientras el de la izquierda parece abrumado y abatido bajo un peso enorme, hasta el grado de tener encorvado todo el cuerpo, y tocar el suelo con la cara. Ambos están vestidos con cascos en la cabeza de forma muy regular. La figurilla que presenta el personaje de la izquierda tiene más bien cara de animal: de la cabeza le nacen dos aletas, que con lo muy prolongado de la nariz en forma de pico, le dán un aire extremadamente horrible: está sentado en un cetro que tiene horizontalmente en las manos el personaje principal. La figurilla, que sobre una toalla ó lienzo sostiene en las palmas de las manos el otro personaje, tiene más visibles las formas del cuerpo; su cara es parecida á la de un mono, con muchos adornos en la cabeza, en cuyo remate se vé colocado un globo. En el espacio que hay entre el mascarón y estos personajes, y debajo de las figuras descritas, se no-

tan á uno y otro lado dos símbolos, que por su figura más larga que ancha, su remate de abajo, y por su conjunto, difieren de los caracteres que parece eran la escritura usual de estos habitantes. En el de la derecha hay dibujada una *cruz* tan perfecta, como la que servía de insignia á los cruzados que marchaban á la Palestina á arrancar del poder de los turcos los santos lugares, y plantar este emblema de la fé cristiana donde brillaban las medias lunas musulmanas.

La parte, que sirve de base ó pedestal á este hermoso relieve, está decorada con molduras. A los lados hay cuatro hileras de geroglíficos con diez y seis cuadrados cada uno, de manera que cada lado contiene sesenta y cuatro cuadrados, bien claros y perceptibles, pues se hallan en estado de perfecta conservación. Entre los varios dibujos que se observan en ellos, hay algunos muy parecidos á los que se vén en varias rodellas y escudos antiguos, otros que contienen cruces, y muchos la cara ó rostro de seres racionales con bigotes retorcidos y señales que indican ser de gente barbada.

La escultura de todo el conjunto es perfecta. Hay simetría y proporción en los dibujos, y algunos están ejecutados con un gusto esquisito. Ni del Rio ni Dupaix hacen mención de este relieve, que es una de las mejores obras de escultura que se encuentran en estas ruinas. Se ignoraba enteramente su existencia; los sábios no han podido tomarlo como objeto de su exámen y consideración; Mr.



Stephens es el primero que percibió su importancia, y á quien se debe que sea ya conocido, dándonos en su preciosa obra un hermoso grabado de él, de donde se ha tomado para la presente coleccion. Este solo hallazgo bastaria para darle el mayor interés.

Finalmente, á uno y otro lado de la puerta por donde se entra al oratorio, hay dos pilastras en que estaban colocadas dos grandes lápidas, que contienen dos figuras en bajo-relieve de las más vistosas y bien delineadas que se encuentran en estas ruinas. Fueron separadas de su lugar y trasladadas al Palenque por uno de los vecinos, que las colocó como adorno en una casa suya. Ambas están representadas en las láminas 31 y 32 ejecutadas con el mayor esmero y cuidado.

La primera es una de las que más llaman la atención por la perfeccion con que está trabajada en todas sus formas, sus lucidos adornos, su traje, su actitud y todo el conjunto. Denota en su aspecto ser un anciano cargado de años, pero sin ninguno de los rasgos característicos de la raza particular representada en estas ruinas. La nariz y los ojos son muy marcados. Tiene las manos levantadas, apoyando con las palmas un instrumento que parece de viento, en forma de un tubo recto, compuesto de varias piezas unidas longitudinalmente con anillos, ó aros distribuidos de trecho en trecho, con la embocadura colocada como quien ejecuta, ó usa de él actualmente; de la trompetilla ó parte

más ancha, sale el sonido ó voz, que esparcido en todas direcciones, está figurado simbólicamente del modo que se vé, á manera de tres listas, ó cintas que al salir se dividen hácia arriba y abajo: pueden tambien ser tres hojas, plumas, ó llamas; pues la figura que tiene es adaptable á todas estas cosas. El adorno de la cabeza es verdaderamente sorprendente: se compone de un gorro ó casco alto cubierto de cintas, lazos, y diferentes hojas, todo pulidamente trabajado, y distribuido con gusto y gracia: en medio de este conjunto, se descubren los ojos y el pico corvo de un pájaro, y un poco más arriba el cuerpo de una tortuga; del remate del casco sale un hermoso feston de un compuesto de plumas, hojas y borlas, con varios lazos, inclinado hácia atrás hasta la cintura, pero muy separado de la espalda, por el ángulo que describe todo este adorno; de cerca de la nuca se desprende entre dos cintas una gran flor, inclinada tambien hácia abajo por su propio peso, la cual dá mucha vista á este hermoso casco, que indica la dignidad é importancia del que lo lleva. Las vueltas de las muñecas y tobillos son muy agraciadas. De la cintura se desprende una falda corta, con una franja al rededor, detenida con un cinturon, y que tal vez estaria sobrepuesta al vestido, que si habia alguno, y cubria todo el cuerpo, estaria muy ajustado, porque no se nota un solo pliegue, ni una arruga siquiera. Tiene además, una especie de capa de piel de leopardo, ó cosa parecida, de la misma hechura que una casulla, pues en lo alto se descubre una abertura; por donde en-



tra la cabeza, está perfectamente ajustada al cuello, abierta por los lados y delante, y atrás cae desde los hombros hasta las cañas de las piernas, ó muy cerca de ellas, con un resorte semicircular en la parte de atrás á los lados, terminando en un pico con una borla, ó uno de los adornos á que parece tenían más afición. Sobre ella hay una sarta de cuentas de piedra, ó cosa semejante, que del cuello le cuelga hácia delante, y otras con un rodete trenzado, que le nace de medio cuerpo para adelante y se divide en dos tiras largas, ó bandas con ramitos bordados de trecho en trecho; una de ellas le pasa por entre las piernas, y de ambas penden unas borlas con gruesos canelones y dos cintas anchas, una más larga que otra, con muchos adornos en la parte superior, de donde cuelgan. Arriba de la lápida en que está grabada hay cuatro geroglíficos.

La segunda figura es de un personaje grave y de alta importancia por el traje, las insignias y demás adornos que lo caracterizan. Su cara tiene los rasgos que distinguen la raza del Palenque: ese ángulo saliente ó curva que nace desde la coronilla hasta la punta de la nariz, que forma un cuadrante de círculo, y que hace aparecer las narices de un tamaño desmedido. En la cabeza tiene un elegante casco con muchas plumas, formando ondas echadas hácia atrás, y otros dos penachos ó copetes también de plumas, que le dán un aire majestuoso y elevado. Entre los demás adornos del casco, y que le bajan algunos hasta las orejas,

se nota delante una especie de ave con un pescado en el pico, y otros tres pescados mezclados entre los demás adornos en varias partes del mismo casco. Lo más notable del traje es la falda, bordada en la extremidad con una ancha franja que le llega hasta el muslo, y encima una rica palatina sobre la cual lleva un collar de piedras, de donde se desprende una sarta que le cuelga por detrás hasta la corva, y remata en una gran borla, y por delante tiene colgando sobre el pecho una insignia ó cabeza de algun animal. La falda está ceñida con un cinturón finamente bordado, con un mascarón en el centro, del cual sale un tirante que cruzando sobre la pierna viene á enganchar hácia atrás una pequeña figura de aspecto horrible; gorro muy bien adornado, vestido de una tela fina bordada, en algunas partes braceletes, cascabeles y cuentas en los tobillos, hincada sobre una cosa que no puede dársele nombre determinado, que parece fija en el suelo, y cubierta con una borla desde el nacimiento, ó parte superior. El calzado es una sandalia, cuyas cintas cruzadas y vistosas por su adorno llegan hasta la rodilla, con una especie de caligas, á manera de las que usaban los soldados romanos, y en las muñecas tiene vueltas anchas con pedrería en los extremos.

Detrás de este personaje hay un florón, formado del conjunto de varias hojas, flores, algunos pescados, y plumas, colgando un trenzado vistoso que remata en un penacho. En frente tiene una hilera perpendicular, y otra horizontal compuesta de on-



ce cuadrados de geroglíficos: sobre la lápida quedan cuatro de los que allí habria colocados. La actitud de este personaje es como la del que admira una cosa, y en la mano derecha tiene un símbolo muy parecido al que tiene tambien cerca de la misma mano el personaje, que está á la derecha del gran relieve de la cruz.

Esto es lo que más llama la atencion en esa parte del edificio, que es sin duda uno de los monumentos más ricos en objetos dignos de profundo exámen. Para que pueda formarse idea del conjunto y todas sus combinaciones, y conocerse todos sus detalles, se acompaña la lámina 33 donde aparece el frente de la entrada del adoratorio ó altar, con todos sus adornos en el estado en que se encuentran, los cuadros de geroglíficos, y las lápidas de cada lado con las figuras que se han descrito. En lo interior se vé el gran relieve en que nos hemos detenido bastante, todo lo cual causa al aproximarse una impresion sorprendente de respeto y admiracion. La mano pesada del tiempo no ha cargado con tanta fuerza sobre este monumento; la accion destructora de los elementos todavía nos ha permitido que lo contemplemos atónitos, y que vagando en mil conjeturas, despues de recorrer un espacio inmenso, volvamos al punto de partida, confesando nuestra ignorancia sobre el pueblo que levantó estos edificios inmortales, y que tantas veces vendria á estos lugares en tropel á prosternarse ante sus dioses, á implorar su clemencia y proteccion, á dirigirles fervorosas súplicas, y á entregarse á

sus prácticas y ritos religiosos, que nos son enteramente desconocidos.

Antes de pasar adelante, es preciso fijar la atencion en los restos que quedan de los adornos que habia sobre la puerta, muy parecidos á los fragmentos de una sobrepuerta, que Stephens encontró en las ruinas de Ococingo, unidos en el centro á un *globo*, lo cual le hizo conjeturar una semejanza con el *globo alado*, que entre los egipcios se vé colocado sobre las puertas de algunos de sus templos. Aunque á éste faltan las serpientes enroscadas, y otras cosas necesarias para constituir una verdadera identidad, en el que ahora nos ocupa no queda vestigio alguno de lo que habia en el centro, pero sí es visible que está compuesto de plumas, y que hay puntos de semejanza en los trazos de uno y otro.

§ 3.

La lámina 34 acabará de dar una idea de la construccion del edificio. Representa uno de los corredores. La figura del techo es plana á los lados, y forma en el centro un caballete cubierto con grandes losas; en varias partes hay agujeros, que probablemente servirian para los andamios de que se